

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

6 de diciembre de 1890

Núm. 162



YENDO POR AGUA

UN RATO DE CHARLA

HEMOS hablado pocas veces de comedias: la razón estriba en que, á mi juicio, son de cada vez más escasas las que pueden recomendarse, verbigracia la última del Sr. Sánchez Pérez, modestita, atildada, pero linda y edificante. Hoy voy á tratar del asunto arriba dicho; pero no de las comedias que representan los actores de profesión, sino de comedias infantiles, de las comedias escritas por D. Francisco Pi y Arsuaga.

Tengo leídas una porción de ellas, y he de confesar que me dejó sorprendido su lectura. Inspiradas todas en la más sana moral, no hay ninguna que no encierre una excelente lección práctica, ridiculizando los defectos de la juventud, combatiendo sus vicios y enaltecendo sus virtudes, que resultan siempre premiadas, como afortunadamente es lo que suele suceder de ordinario en la realidad.

Difícil era acertar con el verdadero lenguaje que debían emplear los personajes, y precisamente es este uno de los mayores méritos de las comedias del Sr. Pi y Arsuaga. Niños son los que aparecen en escena, pero no tan niños que deban expresarse balbuciendo; y como niños se expresan, sin rimbombantes parlamentos ni rebuscadas frases, en un lenguaje claro, llano, culto, propio de persona bien educada. La versificación es no solamente fácil y correcta, sino primorosa á veces, alternando el romancé con las redondillas.

El teatro de la infancia, que así se titula la colección, contiene además algunos cuadros dramáticos ó históricos que alternan felizmente con las comedias morales y atestiguan las privilegiadas dotes de su joven autor, siendo en este sentido verdaderamente trágicos los cuadros de *El pastor de Lusitania* y *Sertorio*.

Hay ciertamente motivo para felicitarse de que exista en España un autor dramático que, pudiendo indudablemente escribir para los cómicos, mejor que más de quince, cifre sus aspiraciones en escribir para los niños. ¡Cuánto más no valdria que los jovencitos, en vez de dejarse arrastrar por esa repugnante afición al toreo, que nos ridiculiza y nos rebaja á los ojos de Europa, se apasionaran por el noble y civilizador arte de la escena! No es esto decir, ni mucho menos, que las representaciones infantiles sean desconocidas en nuestra patria. Hay en España cierto instituto religioso

dedicado á la enseñanza, que utiliza este medio, no diré si para sus fines, porque no me constan, pero sí como excelente medio educativo. Mas ¡qué comedias las tales, santo Dios! Yo vi una, representada por unos *luises* de un pueblo cercano á Barcelona, y, francamente, aquello era un horror. Á la legua se traslucía que era una doble traducción: traducción del francés, y traducción del



Tigres en acecho

personaje de una dama joven en joven galán. Era una cosa que desconcertaba.

Las comedias del Sr. Pi y Arsuaga, en buen hora sea dicho, son castizamente castellanas, escritas con primor, *literarias*, y eminentísimamente morales, que es la mitad de *moralizadoras*. En todas se observa el mayor *tacto* para tratar del asunto, pudiendo ponerse dichas comedietas en manos de la más pudibunda educanda del más meticuloso colegio de religiosas; y digo esto solamente por vía de comparación, no porque las comedietas sean *ñoñas* ni se diga en ellas *tambor* en vez de *amor*. En cuanto al trabajo de aprenderse de memoria los parlamentos, paréceme ha de ser muy leve tratándose de jóvenes medianamente avezados á *decorar* la lección.

Si no se hubiese hecho tan cursi la frasecilla, diría yo que el Sr. Pi y Arsuaga «no sólo ha hecho unas bonitas comedietas, sino una buena acción.» No lo diré, pues, aunque me parezca así; pero de todas maneras he de manifestar que se trata de unas obrillas preciosas y que ganaría mucho la cultura de los niños si se extendiera la costumbre de representarlas, haciendo extensivo este mi deseo, que juzgo muy oportuno y provechoso, á las comedias que para los niños han escrito también los señores Castillo y Soriano, Sala y Julián, Viñas y Deza, Segovia y Roberti, Guillén, Ossorio y Bernard, Rentero, el catedrático Torres Muñoz de Luna, Herretero, Ferreira, Arroyo y Almela, y muchos más, á todos los cuales es acreedora España de haber hecho cuanto en su mano estaba en pro de la educación de sus hijos.

Siempre vuestro

ANTOÑITO

EL GLOBO

Los tres hermanos habían estado toda la mañana ocupados en hacer un globo de papel para divertirse el domingo en la casa de campo.

Justo, Jorge y Mannel, que así se llamaban los tres hermanitos, una vez terminada la operación de unir las diferentes piezas de que se componía el pequeño aerostato, le llenaron de aire á fin de ver si éste salía por algún trozo mal unido.

Después, doblándolo cuidadosamente, lo guardaron, ansiando llegase en breve el domingo.

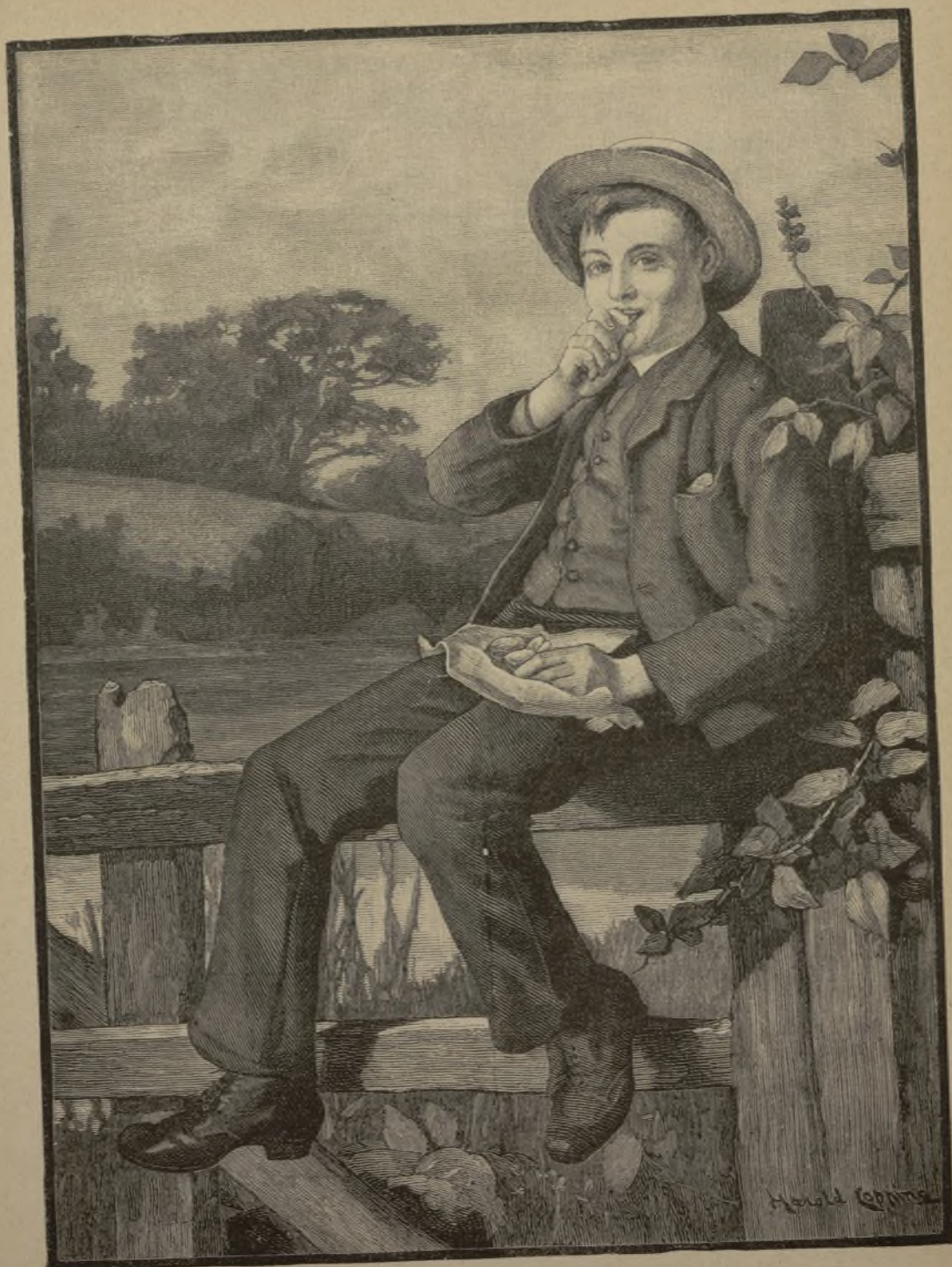
El sábado por la tarde, reunidos los jóvenes, con sus padres, en el comedor de la casa, entablaron alegre conversación, pintándose de antemano lo hermoso del espectáculo que á sus ojos presentaría el globo surcando el espacio.

Jorge, el más pequeño de los hermanitos, decía que tal vez se hiciese necesario amarrar lo que el llamaba enorme *montgolfier*, puesto que, con su fuerza, bien podía llevarse á cualquiera de ellos.

Esta observación hizo sonreír á los padres de los muchachos.

El hermano mayor (que lo era Justo) dijo:

—No hay cuidado de que tal cosa suceda. Mi catedrático de física nos explicó un día todo lo referente á los globos, y de lo que me dijo deduzco que el nuestro, á pesar de haberle dado nosotros las mayores dimensiones posibles, no podrá elevar consigo ni doce libras de peso.



La merienda

—¡Quién sabe!—murmuró el pequeñín, soñando tal vez en ser el héroe de la fiesta subiendo hacia las nubes con el globo.

—Estáte bien seguro de que no sucederá lo que tú imaginas.

Aquí terminó la conversación de los muchachos.

Dieron poco después las diez, y los hermanos, dando las buenas noches á sus padres y prometiendo levantarse temprano, fueron á descansar.

A las seis de la madrugada del día siguiente los tres muchachos se hallaban vestidos con elegante traje de campo.

Impacientes, no cesaban de asomarse al balcón, esperando el momento de ver aparecer por la esquina inmediata de la calle el carruaje que debía conducirles á la casa de campo, situada á unas dos horas de la ciudad.

Por fin llegó el esperado vehículo, y todos bajaron apresuradamente al patio de la casa.

Dos cuestiones únicamente se suscitaron antes de partir.

Las dos fueron resueltas satisfactoriamente por el padre de los jóvenes.

Jorge, el hermano más pequeño, quería ir en el pescante con el cochero.

Manuel también deseaba lo mismo, al propio tiempo que ser él quien llevase el globo, que, doblado cuidadosamente, tenía entre sus manos Justo.

Contentóse, pues, con ser el portador del aerostato, y cedió de buen grado á que fuera Jorge en el pescante.

Durante el camino, todo era pensar cómo llenarían mejor el globo sin quemarlo, puesto que, si tal desgracia acontecía, la fiesta se había aguado, como dicen vulgarmente.

Por fin llegaron á la quinta.

Los labradores que cuidaban de ella salieron al encuentro de sus señoritos.

Los niños emprendieron frenética carrera, tirando piedras y gritando con infantil alegría.

Después comenzaron á buscar sitio á propósito para la maniobra de llenar el globo.

Una vez encontrado, á pesar de las observaciones de Justo, Manuel y Jorge, comenzaron á amontonar paja para hacer con ella humo.

—Hay que mojarla,—decía Jorge.

—Será necesario ir con mucho cuidado para que no se queme el globo,—observaba Manuel.

—No busquéis paja, porque no es necesario,—decía Justo.

—Pues ¿cómo lo llenaremos?

—Con aire caliente.

—Pues aire caliente es el humo.

—No seáis torpes: yo llenaré el globo,—dijo Justo.

—¡No! ¡Yo!—exclamó Manuel.

—¡Yo!—repitió el pequeñín.

El padre de los muchachos, que se hallaba presente, para evitar cuestiones

inútiles y deseando probar los conocimientos de sus tres hijos, interpúsose entre ellos diciendo:

—El globo lo llenará el que acredite saber mejor el medio de llevar á cabo la operación con más seguridades de éxito. Veamos, Manuel: ¿cómo conseguirías tú que el globo ascendiese?

—Llenándole de humo,—contestó el muchacho.

—¿De qué modo?

—Quemando paja.

—¿Y si las llamas alcanzaban al papel de que está formado el aerostato?

—Ir con precaución.

—No basta eso. A ti,—añadió el cariñoso señor, dirigiéndose al más pequeño,—no te pregunto nada porque no estudias las mismas asignaturas que tus hermanos y de consiguiente no puedes saberlo. Pero veamos, Justo: ¿qué harías tú?

—Como quiera que el globo,—contestó con presteza y frase firme el muchacho,—lo que necesita para ascender es solamente estar lleno de un gas más ligero que el aire, á falta de dicho gas podremos llenar nuestro globo con aire caliente y no con el humo de paja mojada, lo que, á mas de lo peligrosas que serían las llamas, tal vez resultase insuficiente para poder elevar un aerostato tan pequeño.

—¡Hola!—exclamó satisfecho el padre de Justo.—Páreceme que estás enterado. Pero dime: ¿cómo te procurarás aire caliente?

—Eso es bien fácil. Agitando un abanico á la misma boca del globo, que puede estar suspendido de la rama de un árbol, conseguiremos que se hinche; y entonces, atravesando unos alambres en la boca del globo y colocando en ellos una esponja empapada de espíritu de vino, podremos encenderla, teniendo de este modo el agente principal, que, caldeando el aire encerrado en el globo, le dejará en disposición de ascender.

—Y ¿no se quemará el globo?

—La llama del alcohol es pequeña, y, encerrada en el cuello del globo, que es bastante ancho, no es posible que prenda fuego al papel.

—Está bien. Tú eres quien por mejor camino vas. Mas, ya que hablando de globos estamos, deseo hacerte algunas preguntas. ¿Quién fué el inventor de los globos?

—Esteban y José Montgolfier, dos hermanos fabricantes de papel.

—¿Recuerdas la fecha del día en que hicieron el primer ensayo?

—Sí, querido papá: el 5 de junio de 1783.

—¿Y el globo era...?

—De tela forrada con papel.

—Eres un joven estudioso y bien mereces ser tú el que dirijas la operación de llenar el globo. Dame un abrazo, y estudia, hijo mío, como hasta aquí; que si en las contiendas con tus hermanos vences por tu saber, en las luchas con los demás seres de la tierra también lograrás vencer con las mismas armas.



UN FUTURO MÉNDEZ NÚÑEZ



¡BUEN TIRO!

El talento y el estudio unidos dan excelentes frutos. Vosotros, Jorge y Manuel, imitad á vuestro hermano.

Y después de estas palabras los tres muchachos comenzaron á preparar la ascensión del globo.

Manuel y Jorge lo sostenían, Justo lo hinchó, y poco rato después el globo se elevaba entre los aplausos de los niños y la admiración de los sencillos labradores de aquella comarca.

LUIS DE VAL

MI COLORÍN

—Y cuando las bandas de jilgueros
con su alborozada y confusa algarabía
alegraban el bosque...

BÉQUER: *Las hojas secas*.

... Lleno le vi de fiestas y jardines
donde tranquilo imagine gozar!
el cantar pintados colorines,
y esenché de la fuente el murmurar.
ESPRONCEDA.

Estoy por asegurar que, hoy por hoy, y creo que mientras viva, únicamente tres cosas me admiran, á pesar de vivir en un siglo en que casi casi salimos á admiración por día, porque cuando Edison no inventa algo, no falta un ministro de por acá que pague á uno ó dos maestros de escuela, cosa que de puro admirable llega á milagrosa.

Digo que hay tres cosas ante las cuales yo no puedo sentir más que asombro: asombro que tiene, además, mucho de veneración y aun de devoción, pues veo en ella algo como esencia divina, algo que obliga á inclinar la cabeza en son de humildad y como ofuscado por la irradiación de una luz alta, muy alta.

Oeúrreme á mí esto, y más aún, cuando pienso en la perfectísima disposición de nuestro organismo para el fin vital, cuando veo un tren y cuando oigo cantar un pájaro. No se rían de mí los impasibles de oficio ó aquellos capaces de exclamar con gesto indiferente si se les habla de la creación: ¡*Vaya una cosa!*—es decir:—¡*Vaya una cosa* que hizo Dios!—Me alegraría de que no se riesen; pero si lo hacen admiraré otra cosa más: la pirámida estupidez de los tales Demócritos. Pero nó: creo que, fijándose un poco en todas y cada una de las maravillas antedichas, me darán todos la razón y hasta se quedarán abriendo la boca por contagio. Lo que acaso objetarán será que cómo, admirándome de eso, no me pasmo, tanto por lo menos, de otras mil y una cosas que por distintos motivos merecen los mismos honores, por ejemplo: de que la civilización sea compatible con la guerra; de que haya en España quien se meta á escritor pudiendo tomar la alternativa; de que Napoleón, que tanta gente ha matado, sea tan célebre como Víctor Hugo, que escribió *Los Miserables*; de que la vanidad humana llegue al extremo de *engalanar* las sepulturas (¡horror mil veces!) el día de Difuntos; de muchísimas más,



La última «Ilustración».

tanto que acabaríamos por convenir en que el mundo es una inmensa admiración.

De todas maneras, y sin negarme en absoluto á reconocer la verdad de la objeción, yo sigo en mis trece, es decir, en mis tres: el cuerpo humano, el ferrocarril y el canto de los pájaros (canto que Salomón entendía lo mismo que cuando le hablaba la reina de Saba) me asombran, me seducen más que nada. Y pues para un periódico de niños son estas líneas, nada más natural que hablar de lo último, indudablemente más entretenido que mentar la arteria aorta, la trompa de Eustaquio, el duodeno, ó traer á colación á Ricardo Stephenson, calderas, presiones, etc., etc.

Sin disputa, uno de los pájaros, y de los pájaros cantores más bellos, es el colorín ó jilguero. No hay nada tan hermoso como ese animalito multicolor, ágil, esbelto, de plumas finísimas, de delicado pico, que despide notas agudas, agradables, en sorprendente variedad, mezcladas, arrojadas á borbotones... un torrente de notas de oro. El jilguero parece la coquetería de la naturaleza: es el artista que no ha estudiado. En tan pequeño tamaño no puede haber más belleza, más gracia, más admirable disposición de diversos y vivísimos matices. Un colorín es un ángel de colores. Viéndole cantar se le admira doblemente por su pequeñez: no puede creerse que de una garganta tan chiquita salgan armonías á miles: armonías salvajes por decirlo así, salidas en montón, sin compases de espera, libres de diapasón; pero armonías al fin. Para mí el jilguero es una perfección: no tiene la monotonía de color del canario ni sus notas demasiado fuertes, casi chillonas; la calandria canta bien, pero es fea; el malvis es grande y no *timpático* (valga el adjetivo); del tordo no hay que hablar: es negrote como un diablo; y en cuanto al ruiseñor... no lo hará muy bien cuando aguarda á que no se le pueda oír. Eso de cantar por la noche me parece raro: precisamente todo ó casi todo el reino alado espera al sol para saludarle con sus mejores trinos. Conste, sin embargo, que no niego en absoluto méritos á los artistas apuntados: en general me maravillan todos, hasta el *pío, pío* de los pollos. Quítese al hombre el don de la palabra y queda hecho un pájaro: emitirá sonidos, voceará, chillará, y nada más: un mudo es un pájaro que ni canta bien ni mal. Repito que ningún pájaro me desagrade, aunque no sepa más que chillar; y por lo mismo me seduce grandemente el jilguero, que sabe hacer y hace muchísimo más.

Es el colorín delicado, sensible, como si tuviese conciencia de que vale, y no muy susceptible de vivir en jaula. Apenas se le priva de la libertad y se le encierra entre alambres, la nostalgia del campo, del albedrío, le sume en profunda tristeza y de ella muere. ¡Qué muerte más poética! Son pocos relativamente los que se resignan á cadena perpetua, y prefieren la última pena: así se vengan del que les arrebató la libertad para regalarse los oídos. La abundancia de alpiste de su prisión no les hace olvidar su nido, sus hijos ó su espacio ilimitado: hombres hay que no se acordarían ni de la madre que les parió. Los pájaros tienen alma, porque la nostalgia es un sentimiento, y el

sentimiento es una manifestación anímica: de algunos racionales no puede decirse tanto. Pero, en honor de la verdad, debo anotar que también hay colorines sin sentimiento y que se avienen á los grillos perfectamente, poniéndose á cantar con alegría como si siguiesen en la arboleda: ni más ni menos que el presidiario que *echa carceleras* con la cabeza pegada á los hierros, tan tranquilamente (en apariencia al menos) como el grillo que bate las alas á la entrada de su agujero. Y prueba de que hay jilgueros que no toman muy á pecho el

agradar lisonjero las orejas
de algun príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas,

es que yo he logrado arrebatár á la naturaleza una de esas avecillas, que yo guardo y estimo como oro en paño.

Era una excelente mañana de julio. En mis paseos por las afueras había yo observado un pequeño claro que un arroyo escondido entre juncos hacía al pie de un grupo de árboles colocados en un prado cercado. El arroyo entraba en el prado por una especie de portilla abierta en la pared que le circuía, á cuyo mismo pie dejaba libre la maleza un espacio como de un metro en las dos orillas.—Indudablemente,—pensé,—aquí deben bajar á beber los jilgueros que cantan en estos árboles.—No lo eché en olvido, y, aprovechando el sol de un día de julio que obliga á los pájaros á refrescarse y beber á menudo, decidí *enligar* en aquel sitio para *pescar* un buen colorín macho que cantase en el comedor como lo hacía en el ramaje. Corté unos juncos delgaditos y flexibles que, después de embadurnados con una sustancia muy pegajosa llamada *liga*, coloqué en fila en ambas orillas. Al poco rato había cogido tres de los por mí tan preciados cantores, que, menos recelosos que otros, pusieron las patitas en la *vareta* al acercarse á mojar el pico en el agua. ¡Dios me tenga en cuenta la mala acción! De los tres, sólo uno ha sobrevivido á la nostalgia (1) y cumple á maravilla aquello de D. Miguel de los Santos Alvarez:

Cantad en vuestra jaula, criaturas,

proporcionándome ratos deliciosísimos. ¡Qué pico el suyo! Yo no sé de dónde saca él ni quién le ha enseñado aquellos alborozados gorjeos, hermosa avalancha de trinos, confusa revolución de áureas melodías. La jaula que aprisiona tal joya es para mí el mejor mueble de casa. Mi primer labor al levantarme es limpiarle su *celda* y hacerle unas caricias. Él me conoce, estoy seguro: no se asusta de mí, y hasta me parece que procura ponerse más guapito cuando le miro. Eso sí, es coqueto y presumido: no hay miedo de que se ponga á cantar sin sondear antes con su pico su vestido de plumas... como si los

(1) Me complazco en suponer que los otros dos subieron á cantar en los coros celestiales.

hombres le hubiesen enseñado que el mérito, para hacerse valer, necesita de un buen traje.

Declaro, en fin, para terminar, que mi colorín me tiene enloquecido y que los ratos que paso oyéndole no se los cambio al más empedernido filarmónico que por seis reales se da el gusto de aplaudir gorgoritos desde el paraíso del Real: siquiera á mí me resulta gratis el espectáculo. Además, mi pajarito no necesita ensayar una porción de veces, como los señores tenores. Pongo aquí mi firma á estos renglones, escrito como homenaje de reconocimiento hacia mi alado artista, y no se diga que he hablado de él más de lo que se merece: del ministro Fulano ó Zutano se habla todos los días y se portan peor que mi colorín.

ANGEL P. IBÁÑEZ.

NUESTROS GRABADOS

YENDO POR AGUA

La pobre niña, hija de los labradores que habitan la vecina granja, lleva, en toda la extensión de la palabra, lo que se llama *una vida de perros*. En la casa no hay agua potable, y no es poca fatiga la de ir á cada momento por ella, ó *á por ella*, como dice el vulgacho. La niña, sin embargo, se resigna á todo; porque ¿qué se le va á hacer?

TIGRES EN ACECHO

Eso pasa todos los días, aunque no aquí, sino en la India. Nada más común que el acercarse un par de tigres á algún cercado, atraídos por el cebo de alguna sanguinaria presa. Aparte de esto, hay que alabar la valentía del dibujo, viéndose que el autor ha hecho un especial estudio de los tigres.

LA MERIENDA

¡Cuánta satisfacción revelan el rostro y el porte de ese señor estudiante, que, libre de toda obligación, devora con apetito la merienda, sazónándola con el sibarítico placer de instalarse en la margen de un hermoso río! Conócese que el chico será hombre que entenderá en comodidades.

UN FUTURO MÉNDEZ NÚÑEZ

Una de las pocas cosas en que ha andado atinada la moda, es en que los niños vistan de marinerito. Es un traje cómodo, higiénico y vistoso.

¡BUEN TIRO!

Hé aquí unos niños que se divierten haciendo en broma lo que ciertos entes racionales se honran en hacer de veras. Como juego es muy bonito, no hay duda; pero como *manifestación*, ¡quite V.!

LA ÚLTIMA «ILUSTRACIÓN»

La buena mamá es aficionada en gran manera á la lectura de *La Ilustración Ibérica*, y tiene dada orden de que se la traigan así que se reciba, sor-

prendiéndola muchas veces, como en el presente caso, todavía en cama. El grupo de la bella señora y sus dos hijos resulta encantador, como si simbolizara los honestos goces de una familia tan acomodada como virtuosa.



CUENTOS RUSOS ⁽¹⁾

IVAN PAPIALOF

ERANSE un marido y mujer muy viejos que tenían tres hijos: dos de ellos asaz listos, y el otro bastante bobo. Este último se llamaba Iván, y de apodo *Papialof*.

Era el tal Iván tan simple y tan indolente que estuvo la friolera de doce años tendido en la ceniza del hogar. Cuando, después de trascurrido este largo período, se levantó sacudiéndose la ropa, desprendiéronse de ella seis arrobas de ceniza.

Es de saber que la tierra que Iván y su familia habitaban era la más extraña que en el mundo se ha visto, como que en ella era siempre de noche. Y esto por obra de la maldita serpiente, que se complacía en obstruir el paso á la luz del sol.

Iván, que bajo su apariencia de mentecato ocultaba un heroico y sobresaliente corazón, concibió el atrevido propósito de matar al monstruo, y así díjole á su padre:

—Padre mío, construidme una maza que pese seis libras.

Su padre se la construyó. En cuanto la tuvo, salió al campo y la arrojó al aire, á una altura tan prodigiosa que se perdió completamente de vista. Al otro día volvió al mismo sitio, echó atrás la cabeza, y, volviendo á caer la maza, cayó sobre su frente, partiéndola en dos mitades.

Tras esto regresó el chico á su cabaña como si tal cosa, y díjole á su padre:

—Padre, construidme una maza de diez libras.

Apenas la hubo recibido, salió otra vez al campo, la tiró al aire como lo

(1) De los *Cuentos populares* de Ralston.

había hecho con la primera, y volvióse muy tranquilamente á su casa. Tres días y tres noches estuvo la maza cruzando el espacio. Al llegar el cuarto, volvió Iván al mismo sitio, y, al ver que la maza caía del cielo, la recibió alzando una pierna. Con la violencia del choque rompióse la maza en tres pedazos.

Al regresar á su casa encargó Iván á su padre que le construyese una tercera maza del peso de quince libras, y repitió las mismas operaciones que había hecho con las anteriores; pero ésta estuvo seis días en el aire. Al séptimo fué Iván á verla caer, y la recibió en la frente, sin que la violencia de este golpe le produjese otro efecto que el de hacerle doblar la cabeza. Entonces dijo Iván:

—Ea, buena es: con esta maza mataré la serpiente.

Dicho y hecho. Llamó á sus hermanos y fué con ellos en busca del reptil. El viaje era muy largo, pero ellos eran inaccesibles al cansancio. Por fin, después de mucho andar, llegaron á un punto desde el cual se divisaba la morada de la serpiente, y esto reanimó sus bríos. Llegáronse á la choza, y el valeroso Iván colgó sus guantes en la puerta, diciendo á sus hermanos:

—Si viereis que mis guantes destilan sangre, acudid al punto á prestarme auxilio.

Así diciendo, entró en la choza.

Poco rato después apareció una serpiente de tres cabezas tendida sobre un caballo. Éste dió un tropezón, el perro que venía en pos de la cabalgadura aulló de un modo siniestro, y el halcón que revoloteaba en torno de ellos profirió un lúgubre chillido.

—¿Por qué has tropezado, corcel mío? —preguntó la serpiente.—¿Por qué aulla mi lebre! ¿Por qué así grita mi halcón?

—¿Cómo no he de tropezar, —replicó el corcel,— si nos espera en la cabaña Iván Papialof?

Y repuso la serpiente:

—Ven acá, pues, Iván: ven y midamos nuestras fuerzas.

Adelantóse el joven al oír el reto, empezó la lucha, Iván mató á la serpiente, y fué otra vez á sentarse en la cabaña.

Entonces apareció otra serpiente que tenía seis cabezas, y fué muerta también por el animoso mancebo; mas luego apareció otra que tenía doce cabezas. Comenzó de nuevo la lucha, logrando Iván cortarle nueve cabezas. Estaba ya el monstruo casi exánime cuando acudió un cuervo graznando.

—Vuela, —le gritó la serpiente;—vuela á decir á mi compañera que venga á devorar á Iván Papialof.

(Se concluirá)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Arca de San Bernardo, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA